



## Alejandro Korn, *mi padre*

*Inés Korn*

**R**ECUERDO a mi padre siendo yo muy niña. Él salía de viaje para Tucumán y le pedí con insistencia que me enviara una cartita en verso. Bien pronto la recibí, escrita en alemán, la lengua de su padre, que él cultivó y llegó a hablar y escribir a la perfección. Comenzaba así: "*Main liebes kind in vaiter ferne-doch loigen hil agal de sterne...*" (Mi hija querida, a tanta distancia, pero aquí brillan lo mismo las estrellas...).

Hoy, a veintidós años de su muerte, "brilla lo mismo" su presencia entre nosotros. Lo siento junto a mí y a cada uno de sus hijos. Alejandro Korn fué gran trabajador, en largas jornadas de día y de noche. En su estudio —tal cual se conserva hoy en la "Sala Korn" de la Biblioteca Pública de la Universidad de La Plata—, junto a la estufa y envuelto en una nube de humo de los cigarrillos que consumía incansablemente, con frecuencia lo sorprendía la madrugada en la ardua tarea de

formular sus pensamientos. Luego pulía sus escritos, a los que daba fin sea en Córdoba —"la muy querida", como él la llamara—, o frente al mar, en Mar del Plata, a la que en 1925 dedicó este soneto:

Sobre el profundo azul, en blanca raya,  
El mar austral sus ondas levantaba,  
Soberbio en su desdén las estrellaba,  
En recio golpe en la arenosa playa,

Radiante tras de mí y envanecida  
En tanto, por la rambla discurría,  
La turbamulta que locuaz urdía  
La trama deleznable de la vida.

Perdido allí, con mi vagar a solas,  
Ante el tumulto de las acres olas,  
Entre el tumulto de la grey mundana,

Estremecí súbito al pensar  
Que cada gota del inmenso mar  
Ha sido llanto en la pupila humana.

Gran lector (leía corrientemente en alemán, francés y latín) nunca lo vi sin un libro en la mano. Como que se acostaba comúnmente con las primeras luces del día, se levantaba tarde y después del almuerzo se paseaba por el patio, entre sus plantas y flores. Así era de sencillo en su vida de hogar; desdeñaba el lujo y la ostentación. No tuvo fortuna y con lo poco que logró reunir compró la casona de la calle 60, en esta ciudad de La Plata que tanto amó y por cuyas calles arboladas y tranquilas gustaba dar largas caminatas. Jamás tuvo cuentas en los bancos y lo que ganaba, primero con su profesión y más tarde con la cátedra, lo invertía totalmente en el mantenimiento del hogar y en la compra de libros. "Lo que se debe cuidar —solía decir— es que un cobrador no llame a la puerta dos veces". Y nos dejaba, a mí sobre todo que fuí de sus hijos quien vivió más tiempo a su lado, para el pago de los gastos de la casa, el dinero necesario entre las hojas de un libro, en un estante cualquiera de la biblioteca. Pero sucedía que no pocas veces se olvidaba del lugar exacto donde lo había puesto, sin prestar mayor atención, y me era entonces difícil hallarlo. Ante mis requerimientos, guiábame con estas o parecidas palabras: "Búscalo, hija, en Kant... o en Spinoza, por allí ha de estar".

Siendo estudiante de medicina, a los 17 años, trabajó algún tiempo en el estudio del Dr. Alberto Navarro Viola, que por ese entonces era director del *Anuario Bibliográfico*; en esta publicación comenzó a escribir, redactando artículos de actualidad y reseñas de libros. Y con el mismo propósito de costearse los estudios, tradujo del alemán varias novelas para la Biblioteca Popular de Buenos Aires.

Graduado de médico a los 22 años, se instaló por pocos meses en el pueblo de Navarro y al año siguiente —1883— en el de Ranchos (hoy General Paz), ambos de la provincia de Buenos Aires. De este último conservó siempre muy gratos recuerdos, consustanciándose de modo muy particular con las cosas del campo y la idiosincrasia del criollo. De este período rural extrajo el ambiente y los personajes de una obra de juventud, que se conserva inédita; se trata de una novela titulada JUAN PÉREZ, cuya fresca y espontánea trama gira en torno a un día de elecciones en un pueblo provinciano de fines de siglo. Allí, en Ranchos, se casó con María Cristina Villafañe y en el 86 la pareja se trasladó a Tolosa —en las inmediaciones de la ciudad de La Plata, fundada cuatro años antes—, contratado el joven médico por el gobierno de la Provincia para combatir una epidemia. No dejó de ser médico rural y el caballo —su medio habitual de transporte— fué todavía por un tiempo el fiel compañero de jornadas sin término.

En 1888 pasó a La Plata como médico de policía, hasta que el gobernador Guillermo Udaondo, su condiscípulo en la facultad y entrañable amigo, lo nombra, en 1897, director del hospital Melchor Romero, para enfermos mentales. Vivía con su familia en el propio hospital, jubilándose en aquel cargo en 1916: desde ese instante abandonó definitivamente la práctica profesional. La verdad era que su principal actividad intelectual estaba centrada ya en la filosofía, al punto de que desde 1906 viajaba a Buenos Aires para dictar historia de la filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras en calidad de profesor suplente; cátedra que llegó a ocupar como titular en 1909. Hom-

## MI PADRE

bre maduro halló, pues, su más auténtica vocación. Ejerció apasionadamente la cátedra universitaria, en aquella facultad y en la de Humanidades de La Plata, hasta jubilación, en 1930. Tenía entonces 70 años.

Gustaba verse rodeado de los jóvenes, sus amigos y condiscípulos, compartiendo ora la mesilla del café, bajo los tios de la calle 7, en las tardes primaverales, ora el amplio escritorio de nuestra casa de la calle 60, donde las conversaciones sobre temas filosóficos se hacían interminables. Allí estaban Enrique Galli, Sánchez Reulet, Ortila Reynal, Juan Manuel Villarreal, Francisco Romero, Luis Aznar, Malmierca Sanchez, Segundo Tri, Quinteros y otros más cuyos nombres ahora se me escapan. Frecuentemente cenaba con ellos; era buen "gourmet" y buen compañero de mesa, amable y bromista, sin el menor asomo de estiramiento. Y así como era con sus "muchachos" era con sus hijos: un amigo que jamás nos hacía sentir su autoridad, a pesar de ser de carácter enérgico. En sus cartas, que conservo, no falta el rasgo de buen humor o la salida chistosa que constituían perfiles de su cotidiana personalidad. Sonríe a solas cuando recuerdo como, haciendo un alto en sus tareas, nos pedía una taza de café y una copita de "pisco", el aguardiente peruano. Luego de paladearlo y disponiéndose otra vez al trabajo me decía:

—¡Ah, hija, ahora me siento *otro hombre!* Y añadía, con aquel gesto tan suyo en la comisura de los labios y un destello apicarado en los ojos azules, golpeándose suavemente el pecho con la mano:

—¿Y a este *otro hombre*, hija, no lo convidas también con una copita de pisco?

Su entretenimiento favorito era el

ajedrez, que para él constituía un verdadero descanso, lo mismo que la poesía, que le agradaba leer. Muchas veces le escuché recitar versos de Bécquer y Espronceda. También componerlos, aunque en vida nunca los publicó. A su muerte se encontraron entre sus papeles numerosas composiciones poéticas, escritas en alemán. En 1942, una parte de ellas fueron reunidas, bajo el título de "Poemas" —traducidas al castellano por Ernesto Palacios—, en un volumen editado por el Instituto de Estudios Germánicos de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires.

De cómo los grupos juveniles gozaron de las preferencias de mi padre y de cómo aquéllos lo tuvieron por mentor, son muestras fehacientes el apoyo incondicional que prestó a revistas como IDEAS, editada por el Ateneo Universitario de Buenos Aires, ATENEA, publicada por la Asociación de Ex-alumnos del Colegio Nacional de La Plata y VALORACIONES, que impulsaba el Grupo de Estudiantes Renovación de La Plata. En esta última aparecieron, como se sabe, buena parte de sus más sesudos trabajos.

Prestó asimismo toda su colaboración y todo su entusiasmo al movimiento de la Reforma Universitaria. Los estudiantes lo exaltaron a la dirección de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, en 1918, siendo el primer decano elegido con la participación de los alumnos. Triunfante el movimiento en La Plata, su nombre fué levantado para ocupar la presidencia de la Universidad, mas él rechazó el ofrecimiento. Años más tarde, en 1929, en un viaje a Tucumán, al que lo acompañé, estudiantes y profesores le ofrecieron el rectorado

de la Universidad, haciéndole objeto de una vibrante despedida en la estación ferroviaria, de regreso a Buenos Aires. No lo aceptó; es que estaba muy arraigado a La Plata, donde vivía desde hacía más de 40 años.

Y en su ciudad querida murió, en las primeras horas del día 9 de octubre de 1936. Esperó el momento decisivo —que intuía claramente— con noble entereza. Sentado en la cama y cubierto los hombros con un fino ponchito criollo, rodeado por familiares y amigos, pidió que se abriera una botella de champagne. Servidas las copas, él, sereno, sin articular palabra, levantó la suya; todos le acompañamos, profundamente emocionados, levantando la nuestra. El optimista de siempre brindaba por la Vida. Momentos después espiraba.

Como él quiso, su tumba está en el seno de la tierra, totalmente cubierta por un manto de hiedras. Sobre ella se empina un magnífico laurel que plantaron sus amigos en el primer aniversario de su muerte. No hay lápida alguna; en una piedra rústica se lee únicamente: "*Incipit vita nova*", el título del breve ensayo que vino a ser como el signo de su quehacer en la filosofía argentina.

Han pasado más de veinte años y dentro de dos, hijos y amigos y discípulos recordaremos jubilosos el centenario de su nacimiento. Cierro los ojos y lo veo llegar a la vieja casa, como cuando regresaba de alguno de sus viajes: con el bastón de guindo en la mano, el rostro sonriente, tendiéndome los brazos para estrecharme entre ellos.

